

# EPISTOLA A DON ENRIQUE AMORIM



Recientemente, hablando nosotros con Guillén, de quien aparece un artículo sobre Amorim en esta misma página, el poeta de los "sonetos" nos contó como en cierta ocasión había afrontado la furia del gran escritor uruguayo. Esta escribió a Guillén, reprochándole que olvidara como había sido él, Amorim, quien lo llevó a ver por primera vez a Ehrenbourg y hecho conocer los poemas del cubano a los escritores soviéticos. Lo mismo decía Varela e igual cosa afirmaba Jorge Amado...

—Conociendo a Amorim como lo conocía —nos dice Guillén— me sentí frente a la maquina y le envié una epístola en verso, burlándome de su actitud. La reacción no se hizo esperar. A vuelta de correo Amorim contestó, riéndose a su vez y la "perreta" se disolvió en un vaso de agua...

Pedimos a Guillén el original de la epístola y él nos lo dió. Aquí están los versos publicados por la primera vez:

Mi querido Amorim: tu nombre digo,  
aunque no sé si al pronunciarlo ahora,  
sigues como hasta ayer siendo mi amigo.

Te carta-bomba-rayo atronadora  
me hace temer que tu cordial franqueza  
se haya tornado punta matadora.

¿Qué vino te ha enturbiado la cabeza?  
¿Tú, licenciado en bromas, agrio y fosco?  
¿Tu juventud a declinar empieza?

¡Pero Enrique Amorim, no te conozco!  
Te has convertido en serio-serio-serio,  
una mitad San Juan y otra Don Bosco.

¡Pues no, señor! ¡Abajo el cementerio!  
Abra su flor azul el claro día  
sobre el polvo claustral del monasterio.

Yo, simple como un niño, suponía  
que un poco de confetti sin veneno  
carnavalesco goce te daría.

Mas sucedió que de tu hinchado seno  
una voz de barítono iracundo  
salió cual sale de la nube el trueno.

¡Qué espanto ante tu gesto furibundo!  
Triste como un jardín sin luz ni flores  
me vi entre los más tristes de este mundo.

Allí tu larga lista de favores,  
como ante su deudor el prestamista  
me sacaste y con ella los colores.

Y por supuesto, al frente de esta lista,  
Ilya Ehrenbourg, que conocí en España,  
mas que fué para mí tu gran conquista.

Pues que con sabio dedo y útil maña,  
señalando mis versos andrajosos  
salidos de modesta pipitaña,

¡Ese! —gritaste— de ojos luminosos,  
mulato-son, dueño del sonetero,  
varón hermoso entre los más hermosos,

ése es Guillén, poeta bongosero,  
fiatigo de cumbancha y hoja fina,  
que en hundir la navaja es el primero;

Guillén, que toma ron en una esquina  
y en otra esquina toma ron, taimado,  
y hace de ron y ron su medicina.

¡Ese es Guillén, a quien Moscú no ha dado  
el sitio que le toca, el vate erguido  
que debiera por tí ser tradúcido!

(Perdón, tú bien dijiste traducido,  
sólo que yo, buscando un consonante,  
de esta inocente treta me he valido).

Como de la trompeta el son vibrante  
recoge el eco, de tu voz entonces  
Ilya mi escudo recogió al instante,

y en granitos y mármoles y bronces  
lo divulgó amoroso, eternecido,  
y aún le añadió mil llaves y mil gonces.

¿Piensas acaso que el favor olvido?  
¡Hombre, Enrique, por Dios! Te doy las gracias.  
Pero Enrique Amorim, agradecido!

Sin bromas, ironías o falacias,  
en Moscú sin desmayo, y sin desmayo  
en nuestras populares democracias,

en tren, en velocipedo, a caballo,  
en barcos o en patines ¡en la UNESCO!,  
siempre me oirán decir: —A un uruguayo

en vida, cuerpo y alma pertenezco.  
El me hizo lo que soy, alto lo digo.  
¡Zenquío, compadre! ¡Mercicibán, mi amigo!  
Don Enrique Amorim, ¡te lo agradezco!

Termina aquí la epístola —que como amigo escribóte. —Espero que leyendóla —no sacarás la pistola... —(Tercetos con estrambote).

N. G.